

— ¿Quién tiene seguridad de nada en este mundo?
 — Entonces, si dudáis, deberíais para fijar vuestra suerte hacer una cosa.

— ¿Cuál?

— Dejarme marchar.

— No puede ser.

— Os advierto que pagaré cumplidamente vuestra complacencia.

— ¿Con qué?

— ¡Con dinero, pardiez!

— No lo tenéis.

— ¿Cómo que no lo tengo?

— Sacadlo á ver.

Canolles registró vivamente sus bolsillos.

— En efecto, dijo, ha desaparecido mi bolsa. ¿Quién me la ha cogido?

— Yo, señor, respondió Barrabás saludándole respetuosamente.

— ¿Y con qué objeto?

— Con el de que no pudieseis corromperme.

Canolles, estupefacto, miró al digno ministro con admiración, y habiéndole parecido incontestable el argumento, no replicó ni una palabra.

De aquí resultó que habiendo recaído los viajeros en su primitivo silencio, siguió la marcha hacia su fin, con el mismo aspecto triste que había empezado.

XX

La isla de San Jorge

Ya empezaba á rayar el alba cuando el carromato llegó á la aldea más próxima á la isla á que se dirigían. Al sentir Canolles detenerse el carruaje, asomó su cabeza por la pequeña tronera, portillo destinado á abastecer de aire á las personas libres, y enteramente cómodo para interceptarlo á los presos.

Una linda aldea, compuesta de un centenar de casas agrupadas alrededor de una iglesia en la pendiente de una colina y dominada por un castillo, se dibujaba envuelta en el ambiente de la mañana, y dorada por los rayos del sol naciente; que hacían dispersarse los copos de vapor parecidos á flotantes gasas.

En este momento el carricoche subía una cuesta; y el cochero, habiendo bajado del pescante, caminaba delante de él.

— Buen amigo, dijo Canolles, ¿sois de este país?

— Sí, señor; soy de Liburnio.

— Siendo así, deberéis conocer esta aldea. ¿Qué casa es aquella blanca? ¿Qué cabañas son aquellas tan boninitas?

— Caballero, respondió el cochero, ese castillo es del

señorío de Cambes, y la aldea forma una de sus dependencias.

El barón se estremeció, y pasó en un instante del rojo más subido á una palidez casi mortal.

— ¿Qué os ha pasado, caballero? dijo Barrabás, cuyos redondos ojos todo lo percibían; ¿os habréis herido por casualidad con el postigo?

— No... gracias.

Después, interrogando al paisano, dijo:

— ¿Á quién pertenece esa posesión?

— Á la vizcondesa de Cambes.

— ¿Una joven viuda?

— Muy bella y muy rica.

— Y por consiguiente muy solicitada.

— Sin duda. Á una mujer hermosa y con buen dote, nunca le faltan pretendientes.

— ¿Buena reputación?

— Sí; pero rabiosamente decidida por los principes.

— En efecto, me parece haberlo oído decir.

— Un diablo, caballero, un verdadero diablo.

— ¡Un ángel! murmuró Canolles, que no podía acordarse de Clara sin que á su memoria acompañasen transportes de admiración: ¡un ángel! — En seguida volvió á preguntar:

— ¿Y habita aquí algunas veces?

— Muy pocas; pero ha vivido aquí mucho tiempo. Su marido la dejó ahí, y todo el tiempo que permaneció fué la bendición de estos contornos. Ahora, según dicen, parece que está con los principes.

Después de habersubido el carruaje, estaba ya próximo á bajar, y el conductor hizo una seña con la mano, como solicitando el permiso para recobrar su asiento. El barón, que temía dar que sospechar si continuaba su

interrogatorio, ocultó su cabeza en el carretón, y el pesado carruaje marchó al mediano trote, que era su paso más precipitado.

Al cabo de un cuarto de hora, durante el cual había permanecido Canolles sumergido en las reflexiones más sombrías, el carretón hizo alto.

— ¿Nos detenemos aquí á almorzar? preguntó Canolles.

— No, señor, que paramos del todo, porque ya hemos llegado. Ved ahí la isla de San Jorge; sólo nos falta que atravesar el río.

— Es verdad, murmuró Canolles. ¡Tan cerca y tan lejos!

— Caballero, nos salen al encuentro, dijo Barrabás. Tened la bondad de bajar pronto.

El segundo guardia de Canolles, que iba en el pescante al lado del cochero, echó pie á tierra y abrió la portezuela, que estaba asegurada con cerradura, y cuya llave tenía él.

Canolles apartó los ojos del castillejo blanco, que no había perdido de vista, y los fijó en la fortaleza que debía ser su morada. Lo primero que vió fué á la parte opuesta de un brazo de río bastante rápido, una barca, y junto á ella una guardia de ocho hombres y un sargento.

Mas allá de esta guardia empezaban las obras de la ciudadela.

— Bueno, dijo el barón; se me esperaba, y se han tomado precauciones... ¿Son esos mis nuevos guardias? preguntó en voz alta á Barrabás.

— Quisiera poder responderos con exactitud, caballero, dijo Barrabás; pero en verdad, no lo sé.

En aquel momento, después de haber dado una señal, que fué repetida por el centinela apostado en la puerta

del fuerte, los ocho soldados y el sargento entraron en la barca, cruzaron el Garona y echaron pie á tierra en el momento mismo de saltar Canolles del estrivo.

En seguida el sargento, al ver á un oficial, se acercó y le saludó militarmente.

— ¿Tengo el honor de hablar al señor barón de Canolles, capitán del regimiento de Navalles? dijo el sargento.

— Al mismo, contestó el barón, admirado de la figura de aquel hombre.

El sargento se volvió en seguida hacia su tropa, mandó echar armas al hombro, y mostró al barón la barca con la punta de su pica. Canolles se colocó allí entre sus dos guardas: los ocho soldados y el sargento entraron detrás de él, y la barca se alejó de la ribera, mientras que el barón dirigía su última mirada hacia Cambes, que iba á desaparecer detrás de una proeminencia del terreno.

Casi toda la isla estaba cubierta de escarpas, contraescarpas y baluartes, y un fuertecito en bastante buen estado dominaba el conjunto de todas estas obras. Penetraban en él por una puerta arqueada, ante la cual se paseaba el centinela á lo ancho.

— ¿Quién vive? gritó éste.

La tropa hizo alto, el sargento se destacó de ella, avanzó hacia el centinela, y le dijo algunas palabras.

— ¡Á las armas, gritó el centinela!

Al punto unos veinte hombres de que se componía el puesto salieron del cuerpo de guardia, y acudiendo apresuradamente se alinearon delante de la puerta.

— Venid, señor, dijo el sargento á Canolles.

El tambor batió marcha.

— ¿Qué significa esto? dijo el barón para sí.

Y avanzó hacia el fuerte, sin comprender absolutamente

nada de cuanto pasaba; porque todos aquellos preparativos más parecían honores militares rendidos á un superior, que no precauciones que se tomaban contra un prisionero.

No era esto todo. Canolles no se había apercebido de que en el momento de bajar del carruaje se había abierto una de las ventanas de las habitaciones del gobernador, y que un oficial había observado atentamente desde allí los movimientos del batel y el recibimiento que se hiciera al prisionero y á sus dos esbirros.

Luego que este oficial vió que Canolles había puesto el pie en la isla, bajó rápidamente y le salió al encuentro.

— ¡Ah! dijo Canolles al verle; ya tenemos aquí al comandante de la plaza, que viene á reconocermé.

— En efecto, caballero, dijo Barrabás; me parece que no se os quiere dejar que os fastidiéis como á otras personas, que se les hace esperar ocho días enteros en un vestibulo, y que se os tomará asiento desde luego.

— Tanto mejor, dijo el barón.

Durante este tiempo llegó el oficial. Canolles tomó la actitud altiva y digna de un hombre perseguido.

Á pocos pasos del barón, el oficial se descubrió.

— ¿Es el señor barón de Canolles á quien tengo la honra de hablar? preguntó.

— Caballero, respondió el preso, vuestras atenciones me confunden. Sí, yo soy el barón de Canolles; pero tratadme, os ruego, con la cortesía de un oficial hacia otro oficial, y alojadme lo menos mal posible.

— Señor, repuso el oficial, la habitación que se os destina es enteramente especial; pero, previendo vuestros deseos, se han hecho las mejoras posibles.....

— ¿Y á quién debo agradecer esas atenciones? dijo Canolles sonriendo.

— Al rey, caballero, que hace bien todo cuanto hace.

— Sin duda, caballero, sin duda. Guárdeme Dios de calumniar al rey, especialmente en esta ocasión; pero no obstante, me agradaría obtener ciertos pormenores.

— Si lo ordenáis, señor, estoy á vuestra disposición; pero me tomaré la libertad de haceros observar que la guarnición espera para reconoceros.

— ¡Llévete el diablo! murmuró Canolles; una guarnición entera para reconocer un preso que se encierra: muchas atenciones son estas, me parece. — Después dijo: — Yo soy quien está á vuestras órdenes, caballero, y dispuesto á seguiros adonde tengáis á bien conducirme.

— Permitidme, pues, dijo el oficial, que os preceda para haceros los honores.

El barón le siguió, felicitándose á solas por haber caído en manos de un hombre tan cortés.

Barrabás se acercó á él y le dijo al oído:

— Me parece que os salvaréis con la cuestión ordinaria: cuatro azumbres y nada más.

— Tanto mejor, repuso Canolles; así me hincharé la mitad menos.

Al llegar á la plaza de la ciudadela encontró el barón una parte de la guarnición sobre las armas. Entonces el oficial que le conducía sacó la espada y se inclinó ante él.

— ¡Cuántos cumplidos, Dios mío! murmuró Canolles.

En el mismo instante redobló un tambor bajo la bóveda inmediata. Canolles se volvió, y vió que salía de dicha bóveda una segunda fila de soldados y que se colocaba detrás de la primera.

En este momento, el oficial presentó dos llaves á Canolles.

— ¿Qué es esto? preguntó el barón. ¿Qué hacéis?

— Cumplimos con el ceremonial de costumbre, según las rigurosas leyes de la etiqueta.

— ¿Pero quién creéis que soy? preguntó el barón en el colmo de su admiración.

— Me parece que sois el señor barón de Canolles.

— ¿Qué más?

— Gobernador de la isla de San Jorge.

Faltó poco para que Canolles pasmado diese con su cuerpo en tierra.

— Dentro de un instante, continuó el oficial, tendré el honor de entregar al señor gobernador las instrucciones que he recibido esta mañana, junto con una carta que me anunciaba vuestra llegada.

Canolles miró á Barrabás, cuyos redondos ojos estaban fijos en él con una expresión de espanto, imposible de traducir.

— ¿Conque, balbuceó Canolles, soy gobernador de la isla de San Jorge?

— Así es, respondió el oficial, y S. M. nos hace muy dichosos con tal elección.

— ¿Estáis seguro de que no hay error? preguntó el barón.

— Caballero, tened la bondad de seguirme á vuestros aposentos, y allí encontraréis vuestros títulos.

Canolles, absorto con tal acontecimiento, que distaba tanto de parecerse al que esperaba, echó á andar sin decir una sola palabra, siguiendo al oficial que le mostraba el camino, entre los tambores que empezaban de nuevo á batir marcha, los soldados que presentaban las armas y todos los habitantes de la fortaleza que hacían resonar el aire con las aclamaciones. El barón, pálido y

palpitante, saludaba á derecha é izquierda, sin poder darse cuenta de lo que pasaba.

Llegó, en fin, á un salón bastante elegante, y observó desde luego que por sus ventanas podía ver el castillo de Cambes; leyó sus instrucciones, escritas en buena forma, firmadas por la reina y refrendadas por el duque de Eperón.

A vista de esto, debilitáronse enteramente las piernas de Canolles, y cayó estupefacto en un sillón.

Sin embargo, después de todos los redobles, mosque-tazos, ruidosas demostraciones de homenajes militares, y sobre todo, pasada la primera sorpresa que estas demostraciones habian producido en el barón, deseó saber á qué atenerse en el puesto que la reina le había confiado, y alzó los ojos, que durante algún tiempo había tenido fijos en el pavimento.

Entonces vió delante de sí, no menos estupefacto que él, á su ex-carcelero, convertido en su más humilde servidor.

— ¡ Ah, vos aquí, Maese Barrabás ! le dijo.

— Yo mismo, señor gobernador.

— ¿ Me explicaréis lo que acaba de pasar, y que á duras penas puedo persuadirme de que esto no es un sueño ?

— No puedo deciros más, señor, que cuando os hablaba de la tortura extraordinaria, es decir, de las ocho azumbres, creía, á fé de Barrabás, doraros la pildora.

— ¿ Estabais convencido, según eso ?.....

— Que os conducía aquí para ser enroddado, señor.

— Gracias, dijo el barón, estremeciéndose á su pesar.

¡ Y ahora, tenéis formada alguna opinión sobre lo que me sucede !

— Si, señor.

— Hacedme entonces el favor de explicármelo.

— Señor, voy á deciroslo. La reina habrá comprendido lo difícil de la misión que os había encargado. Pasado el primer momento de cólera, se habrá arrepentido, y como bien mirado no sois hombre odioso, S. M. os habrá recompensado por haberos castigado tanto.

— Eso es inadmisibile, dijo Canolles.

— ¿ Lo creéis inadmisibile ?

— Inverosimil á lo menos.

— ¿ Inverosimil ?

— Si.

— En ese caso, señor gobernador, no me resta más que ofreceros mi más humilde parabién; pues vais á ser tan dichoso como un rey en la isla de San Jorge. Excelente vino, caza con que le abastece la llanura, y pesca que á cada marea traen las barcas de Burdeos. ¡ Bah, señor, esto es encantador !

— Muy bien, trataré de seguir vuestros consejos. Tomad este bono firmado por mí, y presentaos al pagador, que os entregará diez pistolas. De buen grado os las daría yo mismo; pero ya que por prudencia me habéis cogido mi dinero.....

— Hice bien, señor, exclamó Barrabás, hice muy bien; porque al cabo, si me hubiera dejado sobornar, habríais huido; habiendo huido, naturalmente debíais contar por perdida la elevada posición á que habéis venido á parar, cosa de que jamás me hubiese podido consolar.

— Muy bien raciocinado, señor Barrabás. Ya había conocido que vuestra fuerza lógica era de primer orden: en su consecuencia, tomad este papel como un testimonio de vuestra elocuencia. Los antiguos, como sabéis,

representaban á la elocuencia con cadenas de oro que salían de sus labios.

— Señor, dijo Barrabás, si me atreviera, os haría observar que creo inútil pasar á ver al pagador.....

— ¡ Cómo ! ¿ Rehusáis ? exclamó admirado el barón.

— No, señor, ¡ Dios me libre ! Gracias al cielo, no tengo ese falso pundonor ; pero veo salir de un cofre que hay sobre vuestra chimenea, ciertos cordones, que se parecen mucho á los cordones de bolsa.

— ¡ Sois perito en cordones, señor Barrabás ! dijo Canolles enteramente sorprendido ; porque efectivamente habia sobre la chimenea un cofre de antigua porcelana incrustado de plata, con los esmaltes del mismo metal.

— Veamos si es cierta vuestra previsión.

Canolles alzó la tapa del cofre, y encontró efectivamente una bolsa que contenía mil pistolas con este billetito :

« Para la caja particular del señor gobernador de la isla de San Jorge. »

— ¡ Pardiez, dijo el barón ruborizándose, qué bien hace las cosas la reina !

Y á su pesar acudieron á su imaginación los recuerdos de Buckingham. Acaso la reina habia visto desde detrás de algún tapiz la victoriosa figura del capitán ; quizás le protegía con el más tierno interés ; tal vez... no se olvide que Canolles era Gascón.

Por desgracia, tenía la reina en aquella ocasión veinte años más que en tiempo de Buckingham.

Como quiera que fuese, y sea de dondequiera que viniese, el barón sacó de la bolsa diez pistolas, que entregó á Barrabás : éste salió haciendo las más reiteradas y respetuosas cortesías.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

	Páginas.
I. — La cita en medio del río	3
II. — La carta y la firma en blanco	17
III. — La emboscada	28
IV. — La bella Nanon	57
V. — Los partidarios	77
VI. — Los dos hermanos	112
VII. — A un miedoso otro mayor	153
VIII. — El cuarto con dos camas	153
IX. — Las dos princesas	163
X. — Los aprestos de caza	187
XI. — La caza	199
XII. — La fingida princesa	223
XIII. — El espía enamorado	232
XIV. — La despedida	276
XV. — Los enganchadores	285
XVI. — El falso exento y el fingido colector	298
XVII. — Las dos rivales	309
XVIII. — Amor y celos	321
XIX. — El prisionero	330
XX. — La isla de San Jorge	339

